

Rafael Alvira

Director del Instituto
"Empresa y Humanismo".
Investigador y ensayista.



*cuando de cerca más la sacan en la
atagónal pa yaga en su tiempo -*

Jon

Presentación

Fe en la razón y razón de la fe

“He tenido que limitar la razón para hacerle sitio a la fe”. Esta afirmación tantas veces recordada de Immanuel Kant puede servirnos como cita introductoria para encuadrar las reflexiones que siguen. En los últimos siglos hemos asistido al espectáculo del empequeñecimiento progresivo de la fe, suscitado y acompañado por una correspondiente magnificación de la razón. Es lo que algunos han denominado el “espíritu de la modernidad”, cuya quintaesencia se cifra precisamente en el racionalismo. En la discusión, iniciada algunos años atrás en occidente, acerca de si la modernidad ha terminado o no y si la llamada postmodernidad va a ocupar su sitio, este punto ha sido puesto de manifiesto repetidas veces.

No entraremos aquí en el tema de la pluralidad de modernidades. Para el uso más común, la modernidad es la “época de la razón”. ¿Qué puede significar eso? ¿Es que acaso ha habido alguna época en que la razón humana no haya ejercido

sus funciones? No, lo ha hecho en todos los tiempos, como es lógico. Lo característico del nuestro es la hipertrofia, la ampliación de una razón que conquista todas las posiciones y que deja en segundo lugar a otras realidades y, muy señaladamente, a la fe.

En la modernidad, la razón no se identifica con el conocimiento, sino que subsume todo lo antiguamente considerado potencias superiores del hombre. A su vez, y por ello, deja a la fe -que es también, en la consideración clásica, un modo de conocimiento- fuera del ámbito cognoscitivo estricto. En las líneas que siguen, se sobreentiende la tesis clásica, a saber, que razón y fe son diferentes formas de conocimiento, la primera más "puramente cognoscitiva" y la segunda más "apoyada en la voluntad".

En esta época, cuyo comienzo podría situarse en el Renacimiento, la razón se va revistiendo con los mejores atributos: claridad, seguridad, objetividad, subjetividad trascendental (no la meramente particular). Y otro rasgo más, de gran importancia: publicidad, es decir, pertenencia a la esfera de lo público. Sólo lo racional se considera público y común a todos los hombres.

Así se piensa: la razón, como es clara, segura, verdadera, es comunicativa; lo común es lo universal y, por consiguiente, también lo público. Es, asimismo, lo que tiene mayor dignidad, pues la realidad meramente particular o individual nunca puede revestirse de la relevancia que tiene un bien público, como lo es la razón. Por el contrario, aquello que, según este concepto ilustrado de razón, se considera su opuesto, o sea, la fe, no tiene relevancia pública. Hay que tener en cuenta que el mundo del racionalismo, del engrandecimiento de la razón, en buena medida se construye en oposición al medioevo, que había otorgado el cetro a la fe.

Esa fe que es considerada ahora la rival de la razón, asume -para el pensamiento racionalista- cualidades contrarias a las de ésta. Si la razón es clara, la fe debe ser oscura. Es cierto que algunos autores habían señalado ya que la oscuridad era un atributo de la fe, pero muchos otros la consideraban, en cambio, más clara aún que la razón. Sin embargo, con el racionalismo la fe se asocia irremisiblemente con la oscuridad y por eso también los siglos medievales, en los que había prevalecido la fe, son denominados "siglos oscuros". De otro lado, si la razón es segura, la fe debe ser pensada como insegura. Tanto es así que cuando Kierkegaard, ya en el siglo XIX, defiende la fe, lo hace precisamente en nombre del carácter de riesgo que comporta. El que cree se arriesga; eso era bueno para Kierkegaard, pero no lo es para el común de la gente, que busca una seguridad que la fe, aparentemente, no puede ofrecerle.

Además, para el racionalismo, la fe no es objetiva del mismo modo que la ciencia, y ni siquiera es subjetiva en la forma en que lo es el saber racional. La razón es trascendentalmente subjetiva, mientras que la fe es particularmente subjetiva: pertenece a cada individuo. Si la razón es universal y la fe no es,

propriadamente hablando, racional, entonces la fe tendrá un carácter particular. ¿Qué es, en referencia al hombre, lo particular? El sentimiento. Por consiguiente, poco a poco la fe va ingresando en la esfera de lo sentimental.

Y todavía resta un punto: si la razón es lo público, la fe se convierte en lo privado. La fe es de dominio de cada uno. Quien quiera tenerla, la tendrá; quien no, no la tendrá, y aquellos que la tienen, la tendrán cada cual a su manera.

La pérdida del carácter público de la fe, que va unida, por cierto, a la pérdida progresiva del carácter público de la religión, trae consigo muchas consecuencias. Entre otras, el creciente desprestigio de la fe, puesto que es más digno aquello que puede ser propio de todos, es decir, lo público.

En resumen, el conocimiento verdadero es el de la razón, y por eso, como decía Kant, hay que limitarla para hacerle un sitio a la fe.

* * *

En la modernidad, la fe ha quedado tan descolocada como las mujeres. Durante siglos se pensó que el sexo femenino era el sexo piadoso: las mujeres eran religiosas y convertían a sus maridos, aventureros y descreídos. La mujer sólo tenía vida privada y no solía intervenir en política, pero, por ser el matrimonio legítimo una institución religiosa y la Iglesia una institución pública, la mujer tenía un sitio fundamental, aunque indirecto, en la res pública.

Ahora bien, la modernidad, al marginar algunas de las dimensiones que son más queridas a la mujer, como los sentimientos, la voluntad, y la entrega generosa; al poner la primacía en la lucha, el progreso y la aventura, por encima del amor por el hogar y por la educación, deja a la mujer sin sitio. El primero que lo dice es Nietzsche: el mundo moderno es exclusivamente masculino.

Por otra parte, el mundo está "desdivinizado" desde Galileo. Antes de Galileo, era la Biblia, en primer lugar, la que nos explicaba el mundo; a partir de él, el mundo es explicado en primer término por la razón.

La economía, a su vez, se convierte en la ciencia de la riqueza, mientras que hasta ese momento había sido, en cierto modo, la ciencia de la pobreza. La pobreza, como es sabido, no significa no tener, sino tener adecuadamente. Por consiguiente, la economía, para la tradición de la fe, era el arte de emplear bien la riqueza. A partir de ahora será, en primer lugar, la ciencia de la riqueza.

El derecho ya no se apoya en la ley divina y en la justicia trascendente. Se funda en un derecho natural puramente racional y en la positividad. La política, por su parte, desde Maquiavelo, es un arte autónoma y no sometida a las leyes de la Iglesia ni de la moral.

Todo el avance de la racionalidad moderna supone, por consiguiente, una cierta marginación de la fe, a tal extremo que llega a afectar a la propia Iglesia. Cuando Lutero se pregunta por el carácter de la religión, afirma que es una cuestión

privada; por eso somete la Iglesia al poder público, que es, para él, el poder civil. El balance último es que la fe es irracional, marginal y privada.

* * *

Lo que se ha producido por la acción del pensamiento racionalista es, importa subrayarlo, la ruptura de un equilibrio y una armonía. Es posible que, históricamente, la relación entre fe y razón no estuviera bien equilibrada, por el peso quizás excesivo de la religión en los siglos medievales, pero ahora la situación se fuerza mucho más en la dirección contraria.

Interesa, entonces, subrayar que la relación fe-razón contiene una dialéctica imprescindible. En la medida en que se pierda el equilibrio entre ambas, surgirán consecuencias indeseables.

La razón -como cualquier otra cosa- no puede definirse sin límite; en este caso, sin señalar lo que no es razón. Si no hubiera límite, cada cosa sería todo, pero en el todo no hay definiciones, porque no hay distinciones.

Por tanto, la razón, para ser razón, necesita de lo que no lo es. Se puede pensar -más aún, se ha sostenido frecuentemente- que lo situado al otro lado de la razón es la sinrazón o la irracionalidad. Pero eso no es una determinación. Lo que está del otro lado tiene que ser tan determinado como lo que está de éste, porque el límite determina a los dos lados. De manera que si de este lado está la razón, del otro tiene que haber algo. Desde nuestro punto de vista, ese algo es la fe.

Ahora bien, con la fe sucede lo mismo. No puede definirse, no puede delimitarse, si no se indica lo que tiene al otro lado del límite, y esto es la razón.

El esfuerzo por minimizar lo que está al otro lado, es una injusticia radical y trae consigo el desequilibrio, es decir, la pérdida de la estabilidad del sistema. Cuando se intenta quitar la otra parte, se pierde el sitio y, por consiguiente, el límite, la manera de ser propia.

Eso es lo que ha sucedido en el siglo XX. Después de dos siglos de modernidad, llegamos a lo que infinidad de publicaciones científicas y filosóficas encuadran bajo el epígrafe "crisis de la racionalidad". La crisis de la racionalidad es la venganza de la naturaleza. Se magnificó tanto la razón que se puso en crisis la fe; pero ahora también la razón está en crisis, porque no sabemos ya qué es. Pocos creen, hoy en día, que el saber racional sea absolutamente claro, y menos aún, que sea seguro. La objetividad ha sido denostada por todas las formas de relativismo, y el objeto mismo ha sido marginado por Heidegger y sus seguidores. El sujeto trascendental kantiano se ha convertido hoy día en un "trasto" filosófico.

Ya no somos capaces de hallar una fundamentación irrefutable para los derechos humanos, y la racionalidad económica triunfante les parece a muchos algo más que sospechosa. Además, se ha perdido el sentido de la distinción entre lo público y lo privado.

Este último punto es crucial. Bastarán tal vez dos ejemplos para acercarse al

problema. El primero: la corrupción. Todo el mundo afirma que en política está extendida la corrupción. ¿En qué consiste la corrupción? En utilizar lo público en beneficio privado.

Segundo ejemplo: la intimidad. Hay periodistas que todavía combaten, llenos de ilusión casi heroica, por el derecho a la intimidad. Creo que no se dan cuenta de que no es lo mismo privacidad que intimidad. Lo que hoy se entiende por intimidad es el ámbito de lo individual. Pero la legitimidad nunca es sólo individual. Un amor y una propiedad legítimos son compartidos y privados. Un afecto y una posesión individuales son "internos", pero no tienen un verdadero derecho, por ser meramente individuales. De hecho, muchos venden su "intimidad" a buen precio para el público.

Es decir, si todo lo que es íntimo pasa a ser público; si se han borrado completamente las fronteras entre lo público y lo privado porque lo público es privado -corrupción- y lo privado es público -venta de intimidad-, es como consecuencia de que hemos perdido el límite.

Junto a estos problemas, que son los problemas de la racionalidad, tenemos también los de la fe de la gente que cree en Dios. Muchos de ellos son fideistas, o "simbolistas emocionales" o utilitaristas de la religión, que necesitan un seguro post mortem. Está bien; pero no es seguro que eso sea creer en Dios.

Se puede, incluso, ser religioso y no tener fe. Creer en Dios es un lujo que un "racionalista" no puede permitirse. Por consiguiente, asistimos a una crisis de la razón, como también asistimos a una crisis de la fe, porque no es seguro que lo que decimos que es fe lo sea en verdad.

* * *

Lo que ha sucedido, pues, a partir del citado desequilibrio entre fe y razón, es lo siguiente: primero, dejamos de encontrar razones para la fe: eso es la modernidad; después, dejamos de creer en la razón: eso es la crisis actual de la racionalidad. Antes no teníamos razones para la fe y ahora no creemos en la razón.

Esta conclusión, que es una tesis, tiene una fuerza práctica indudable. Obliga a reconsiderar muchas cosas. Quien no quiere hacerlo, puede refugiarse -como es usual- en la afirmación de que se trata simplemente de teorías, y que la teoría es universal. Pero la vida es otra cosa; la vida es el negocio que voy a emprender o la discoteca a la que voy a ir esta noche. No es posible tomar muy en serio las reflexiones filosóficas.

En el Gorgias platónico, Calicles le pregunta a Sócrates cómo es posible que no se dé cuenta de que a partir de cierta edad la filosofía ya no sirve. La filosofía es para gente joven e ingenua que todavía se plantea preguntas como las relativas a la razón y la fe; nosotros ya somos mayores para perder el tiempo en esos asuntos.

Esa actitud es frecuente y difícil de erradicar. Cuando una persona la asume,

se considera a sí misma invencible porque, quizá sin darse cuenta, se ha erigido en Dios. Ha decidido su propia suerte. No tiene que preguntar, pues sabe lo que sabe y lo que no sabe. Se considera sensato precisamente por renunciar a querer serlo. Su propia vida será el veredicto de su actitud.

Volvamos a nuestro tema. El ser humano no puede, de ningún modo, razonar y sólo razonar. Lo mismo ocurre con la fe: no es posible creer y sólo creer. Razonar y creer se exigen y se complementan mutuamente.

* * *

Ha existido y aún existe una fe en la razón pura y en el progreso. Pero, en última instancia, ¿tiene sentido creer en una razón pura, en el progreso o en la evolución? Y, a su vez, ¿tiene sentido conocer una doctrina de fe y no pensarla en absoluto? Muchas sectas no tienen teología alguna que merezca ese nombre. En una fe meramente particular, la razón no sirve para nada. Sólo un gran Dios merece una teología, es decir, verse "acompañado" de una razón pensante. Como sólo una razón verdadera merece ser creída.

Si, entonces, se ha de creer en la razón y se ha de razonar sobre la fe, ello es debido a que -como quedó dicho- la voluntad es el límite del conocimiento y el conocimiento el límite de la voluntad. No hay conocimiento sin voluntad y viceversa.

En otras palabras, la realidad humana se encuentra en la clave siempre buscada por la filosofía, esto es, en el universal concreto. Si está ausente la idea universal, no somos humanos: lo humano implica una idea. Pero si sólo hay idea, somos abstractos; hace falta añadir la concreción. Es la voluntad la que la añade. Sólo se puede pensar en abstracto; sólo se puede querer en concreto.

Sólo es humano lo que tiene idea y concreción. Pero eso implica que carece de sentido dejar de lado la voluntad o el conocimiento y, por consiguiente, la fe o la razón. En la pluralidad está la vida; si hubiera sólo una realidad, ésta no viviría. El conocimiento vive gracias a la voluntad y la voluntad, gracias al conocimiento; la razón vive gracias a la fe, y la fe, gracias a la razón. Una razón no amable y no amada no crece, no conduce a la verdad. Y una fe separada de la razón es una fe muerta.

Por tanto, razón y fe se contraponen en el sentido de que son distintas y no se puede ni se debe eliminar la diferencia entre ellas. Pero esa diferencia, lejos de significar que sean contrarias, implica que se necesitan mutuamente, que no puede haber verdadera fe sin verdadera razón ni verdadera razón sin verdadera fe. Y se necesitan tanto para ser cada una lo que es, como para crecer y profundizar en la armonía con la otra. Por consiguiente, la armonía entre la fe y la razón es la verdad radical, mientras que la falsedad consiste en anular, menospreciar o subordinar la fe o la razón. La armonía consiste, en definitiva, en darse cuenta de que a cada parte le falta la otra y por ello le hace falta.

Sin la fe, la razón no es libre, porque o es pura necesidad lógica o es desorientación total; a su vez, tampoco la fe es libre sin la razón, porque no puede consistir más que en la crispación de la voluntad: creo porque quiero creer. Por tanto, la libertad se halla en la unidad de la razón y la fe. La verdad del hombre está en la libertad del hombre, la cual se obtiene en la armonía de fe y razón.

Para el ser humano vivir es desear. Deseamos, buscamos, una fe segura y una razón clara. Pero no nos satisface una claridad sin seguridad, pues nos deja en la abstracción; ni una seguridad sin claridad, porque nos deja en una ceguera crispada. Lo que nos satisface, por tanto, es una claridad segura o una seguridad clara. Conseguirla es dar con la verdad existencial, que ha recibido tradicionalmente el nombre de Dios. Dios es la última clave. Quizá por eso, el Papa Juan Pablo II tiene como concepto fundamental, *leitmotiv* y *ritornello* de toda su enseñanza, el de verdad. Tenemos que volver a tomarnos en serio, simplemente, la verdad. 🍷